

BIOGRAFÍA DE LA NOVELA
DE ROSA MONTERO

PASIONES, AMORES Y DESAMORES QUE HAN CAMBIADO LA HISTORIA

Vale la pena comprarse la novela. Está
llena de biografías sumamente interesantes
y no cuesta mucho. La pueden encontrar
en <http://www.amazon.com>

Evita y Juan Perón Entre la obsesión y el folletín

Aunque pertenecen a un pasado muy reciente, hablar de Evita y de Perón supone aventurarse en aguas turbias. Pocas veces he encontrado tal enredo de disparates, mitos y falsedades en torno a una persona como el que se cierne sobre Evita Duarte y, por extensión, sobre su marido. Evita ha sido amada y odiada de manera frenética, y tanto sus partidarios como sus enemigos han llenado los anales de mentiras. También engañaba Perón, o el régimen peronista, abundante en patrañas demagógicas; y por añadidura, menta la propia Evita, que fue una gran mitómana. Era una mujer que se inventó a sí misma y que acabó creyendo su propia ensoñación. Por ejemplo, nunca dijo a nadie, ni siquiera a Perón, que era hija bastarda; y para ocultar este hecho mandó falsificar su partida de nacimiento, quitándose de paso un par de años.

Eva nació en 1919 en Los Toldos, un pueblecito pobre y enterrado en el polvo de las pampas. Su madre, Juana, medio india y medio vasca, era la amante reconocida de Juan Duarte, un pequeño propietario de la zona, por supuesto casado y con familia; Juana tuvo con él un hijo y cuatro hijas, Evita la más pequeña. La niña sólo contaba seis años cuando el padre murió; los cinco bastardos fueron vestidos de luto y enviados a la casa del finado,

pero la viuda les impidió la entrada. Por fin, y al cabo de muchas lágrimas, les dejaron pasar unos instantes a besar al muerto. Todas estas humillaciones se fueron clavando a fuego en la memoria de Eva.

Y hubo muchas más: más indignidades, más vergüenza. Años de penurias económicas, y la sensación de ser una apestada, porque muchas de las chicas de la escuela evitaban su amistad *poco recomendable*. La niña Eva era morena de pelo, de piel pálida, callada, muy mediocre en sus estudios, totalmente anodina. Quería ser actriz (o más bien estrella), así es que a los quince años abandonó su casa y se fue a Buenos Aires. Dicen que se escapó con Magaldi, un cantante de tangos cuarentón; es posible, pero no ha sido demostrado. En la capital se instaló en una mísera pensión de la calle Corrientes; y empezó un calvario. Fueron años de hambre y sordidez.

Muchos aseguran que en esa época, mientras buscaba papeletos como actriz, se dedicó a la prostitución. Sin duda una chica de su edad, tan ansiosa de éxito, tan ignorante y sola, debió de pasar momentos muy amargos. Incluso Fraser y Navarro, los biógrafos más rigurosos de la Duarte, reconocen que es imposible saber de qué vivió Eva en esos primeros años, y cuentan algunos hechos espeluznantes. Como una terrible escena con Surero, un empresario teatral con cuya compañía ella se había ido de gira a Montevideo. Al regreso a Buenos Aires, Surero comenzó a ensayar una nueva obra. Evita fue al teatro, preguntó por él; el empresario salió, indignado, y en el vestíbulo, delante de decenas de personas, comenzó a gritarle: "¿Qué haces aquí, por qué me molestas?". "Sólo vengo a ver si había trabajo para mí", balbuceó la pobre Eva. "Déjame en paz", bramó él: "Que me haya acostado contigo no significa nada". Es una pequeña historia de abuso y de dolor.

Todo ese veneno se le metió dentro, convirtiéndola en una mujer extremadamente rencorosa; pero también la hizo fuerte. En 1937, a los dos años de haber llegado a Buenos Aires, sin haber cumplido aún los dieciocho, Evita ya era una endurecida superviviente que había aprendido a manejar a los hombres en su provecho. El primero fue el dueño de la revista de cine *Sintonía*, un tal Kartulovic, de cuarenta y siete años; gracias a él consiguió su primer papeletito en una película. A partir de entonces Eva supo muy bien a quién arrimarse, cada vez apuntando más arriba. Por ejemplo, se convirtió en la amiga de un escritor que redactaba seriales para la radio, y así comenzó a hacer culebrones radiofónicos, tremendos melodramas que empezaron a darle cierta celebridad.

En 1943 hubo en Argentina un golpe de Estado y los militares subieron al poder. Para entonces, Eva era una popular actriz de folletines en radio Belgrano, y la amiga del coronel Imbert, el nuevo ministro de Comunicaciones. El *cerebro* del golpe militar, sin embargo, era un oficial alto y espeso de carnes llamado Juan Perón; Evita le conoció en un espectáculo benéfico en enero de 1944, y, con fino olfato, se lo ligó inmediatamente: esa misma noche salieron de allí juntos. Ella tenía veinticuatro años, él cuarenta y ocho. En la "autobiografía" de Evita, un texto acartonado y mentiroso escrito por diversos *negros*, Eva sostiene que aquel primer día le espetó a Perón: "Si, como tú dices, la causa del pueblo es tu propia causa, nunca me alejaré de tu lado, hasta que muera, por más grande que sea el sacrificio".

Casi todo lo que rodea a Evita suena así de grandilocuente y embustero: sus discursos (redactados por uno de los guionistas de melodramas de la radio), su autobiografía, sus gestos públicos... Pero el caso es que, por debajo de toda esa palabrería huera, estaban las terribles condi-

ciones sociales de la Argentina de entonces, el hambre y la miseria de millones de seres humanos; y estaban también los recuerdos personales de la propia Eva, las humillaciones y la angustia. Todo ese sufrimiento, el público y el privado, eran auténticos; y, en una extraordinaria y casi inversa mezcla entre el dolor real y la desmesura fingida del melodrama, Eva Duarte, actriz de seriales radiofónicos, hizo de su vida el mejor y más triunfante culebrón.

Perón, hijo de un campesino, era un viudo sin hijos. Le gustaban las niñas: a la muerte de Evita, por ejemplo, convivió con Nelly, de trece años. También en 1944, cuando Eva y él se conocieron, el militar vivía con una adolescente a la que presentaba como su hija, pero que en realidad era su amante. La correosa y superviviente Eva inseguida tomó cartas en el asunto: metió las pertenencias de la chiquilla en una camioneta y despachó a la niña para su pueblo. Acto seguido, Evita triunfadora se mudó a casa de Perón. Ya no volverían a separarse.

Comenzó entonces la carrera de la pareja hacia el poder, entre ruidos de sables, rumores de golpes y confusas situaciones políticas dignas de una opereta. Hasta que al fin Perón fue detenido. Para entonces llevaban año y medio juntos, y dicen que fue aquí cuando empezó a mostrar Evita sus facultades: se supone que organizó manifestaciones, que buscó apoyos sindicales y levantó en pie de guerra a los *descamisados* en apoyo a su amante. A los ocho días Perón salió libre: e inmediatamente se casó con ella.

Hay muchos que aseguran que las relaciones entre el general Perón y Eva no tenían ningún ingrediente sexual, sino que eran un acuerdo de intereses. Si a Perón le gustaban las niñas, es posible que no le atrajera demasiado Evita, que fue convirtiéndose progresivamente en un

personaje cada vez más duro, más místico y asexuado. Pero sin duda el general la quería y la necesitaba, sobre todo al principio: "Ahora sé lo mucho que te amo y que no puedo vivir sin ti", le escribió mientras estaba detenido. Perón, mucho más culto, más cínico, más flexible y más débil que ella, debió de quedarse fascinado con el ciego ardor de Evita, con su total entrega. Ella era pura lealtad, una fuerza bruta enamorada.

Y es que la historia de Evita y Perón es la historia de una obsesión: ella le adoraba hasta extremos patéticos, commovedores, patológicos. Le idolatraba porque se había casado con ella. Porque la había respetado y la había hecho respetable. Porque le había ofrecido a ella, la antaño apaleada Evita, un lugar en la historia, un rutilante melodrama con el que redimirse. Y así, los discursos de Eva están llenos de estrafalarios elogios a Perón y de magsuistas proclamas de la propia menudencia: ella es siempre tan poquita cosa, y él siempre tan excepcional.... "Él es bueno con nosotros. Él es nuestro sol, nuestro aire, nuestra vida toda."

Y no eran sólo los discursos públicos: en sus cartas privadas, reiterativas, carentes de forma y respunteadas de faltas gramaticales, Evita se embarca en torrenciales, folletinescas proclamas amatorias. "Te amo tanto que lo que siento por ti es una especie de idolatría", escribió Evita a Perón en 1947, cuando partió de viaje oficial hacia Europa: "Te aseguro que he luchado muy duro en mi vida con la ambición de ser alguien y he sufrido mucho, pero entonces tú viniste y me hiciste tan feliz que pensé que era un sueño y como no tenía nada más para ofrecerte que mi corazón y mi alma te lo di a ti entero pero en estos tres años de felicidad, más grande cada día, nunca he dejado de adorarte ni una sola hora..." Y así sigue du-

rante varias líneas más. Tanto amor, tanto fanatismo (ella proclamó múltiples veces que era fanática de Perón) debió de terminar siendo un poco opresivo para él.

Hay varias etapas en la representación de Evita de su propio mito. Primero, *starlette* jovencita, vestía muchos brillos, grandes joyas, aparatosos peinados *Pompadour*, opulentos escotes. Eso fue hasta alcanzar la presidencia (Perón llegó al poder en 1946). Luego, tras el viaje a Europa de 1947, Evita se hizo más elegante, compró joyas mejores, vistió carísimas ropas de Dior. Sin embargo fue a partir de la creación de su Fundación de Beneficencia, en 1948, cuando logró su encarnación final de Santa Evita: ahora vestía trajes rigurosos y serios, y peinaba austeros e impecables moños.

Perón, partidario de Mussolini, subió al poder con un programa nacionalsocialista. La situación de injusticia en Argentina era a la sazón tan descomunal que muchas de sus reformas fueron fundamentales: decretó salarios mínimos, antes inexistentes; cuatro semanas de vacaciones al año, permisos por enfermedad... Era todo para el pueblo pero sin el pueblo, porque no se permitía la libertad de expresión, ni la huelga, ni la menor crítica. Expulsaron a estudiantes y académicos de las universidades, metieron en prisión a los líderes sindicales que se resistían a obedecer las consignas de la todopoderosa (y peronista) Central General del Trabajo... Los medios de comunicación estaban totalmente amordazados (Evita era propietaria de cuatro radios y dos periódicos); la gente iba a la cárcel por criticar a Perón en los cafés, e incluso los teléfonos estaban interceptados, como reconoció el Gobierno con una nota delirante: "Los teléfonos no deben abandonarse al uso de los irresponsables y los imprudentes. Emplear un aparato telefónico para insultar o para ofender es un crimen que me-

rece ser castigado por la justicia. El largo brazo de la ley, así como el Departamento General de Correos y Telégrafos, cuidan de la utilización de los teléfonos, para que esta noble y útil función social no sea maltratada".

En toda esta represión, la inflexible Evita jugó un papel importante. Vengativa como un elefante, perseguía sin tregua a todo aquel que les criticara: unos cadetes de Marina fueron expulsados de la Escuela, por ejemplo, por haber tosido al aparecer Evita en un noticiario cinematográfico. Por otra parte, las crecientes acusaciones de corrupción se centraban en ella. Primero estaba el flagrantemente nepotismo de Eva: su hermano Juan, antaño vendedor de jabones, pasó a ser el secretario privado de Perón; la hermana mayor obtuvo el control político de la ciudad de Junín; un cuñado fue elegido senador; otro fue nombrado gobernador de Buenos Aires, y el tercer cuñado, que era censorista, se convirtió en el director general de Aduanas.

Pero aún era peor el agujero negro de la Fundación de Beneficencia. La Fundación de Evita recibía enormes cantidades de dinero: de la Lotería, de los sindicatos y de las aportaciones *voluntarias* de las empresas (en realidad una especie de extorsión, porque, si no colaboraban, el Gobierno cerraba la empresa con una excusa u otra). Nunca hubo una contabilidad formal de todas esas sumas astronómicas, y muchos aseguran que hubo importantes desviaciones de fondos. Desde luego Evita poseía joyas fabulosas que jamás se hubieran podido costear con el sueldo de su marido. Por no hablar de sus ropas: cuando murió, en sus armarios había más de 100 abrigos de visón, 400 vestidos, 800 pares de zapatos.

Pero Eva también participó, y de forma espectacular, en la distribución social de la riqueza que, tras la guerra

mundial, había afilido a espuertas a la Argentina. A través de la Fundación, Evita creó más de 1.000 orfanatos, 1.000 escuelas, 60 hospitales, innumerables centros para ancianos; y al año distribuía 400.000 pares de zapatos, 500.000 máquinas de coser, 200.000 cazuelas. Una labor ingente. Ella misma se dedicaba a recibir a sus pobres por las tardes; repartía billetes por doquier, regalaba camisas, penicilina, dentaduras postizas. Eran escenas valleinclanescas; rodeada de dolientes y de necesitados, Eva besaba a los leprosos y a los sífilíticos, y mostraba auténtico entendimiento, auténtico cariño por todos ellos: debía de ser tan gratificante para ella (para la pequeña, apaleada Eva) verse enaltecida en la mirada de los miserables... Y todo esto lo hacía envuelta en visones y cubierta de diamantes legendarios: "Ustedes también tendrán un día ropas como estas", les decía, tal vez creyéndose, a los desheredados de la Tierra. Todo ese delirio no podía durar.

Y no duró. No duró el poderío económico de Argentina: despilfarrada, malversada, quebrantada por una sequía atroz y por la emigración masiva de los campesinos a la ciudad, la riqueza se agotó rápidamente. Acabado el dinero, no duró el idilio de Perón con sus *descamisados*. Y, por último, tampoco duró la salud de Eva.

Su primer médico, Ivanissevich, ha declarado que descubrió que Evita tenía cáncer de útero en enero de 1950, y que le aconsejó una histerectomía. Pero que ella se negó a escucharle, aduciendo que todo eso no eran sino maniobras de sus enemigos para apartarla de la política. Es una historia extraña y paranoica, pero tal vez sea cierta: Evita mantenía una relación muy rara con su cuerpo, y no se puede decir que tuviera una personalidad muy equilibrada. El caso es que siguió adelante con su trabajo, cada vez más crispada, más mística, más fanática.

Huyó de los médicos durante casi dos años, pero al final se colapsó. A partir de ahí vinieron diez meses atroces: sufría espantosos dolores y tenía el cuerpo achicharrado por la brutal radioterapia que se aplicaba entonces. Dicen que Perón no cuidó de ella en esos meses últimos, que incluso la evitaba, pero esto no parece ser cierto, o no del todo. Perón quedó aterrado al saber que Eva padecía un cáncer de útero, porque su primera mujer había muerto de lo mismo; tal vez su propio miedo le impidió estar a la altura de las circunstancias, pero hay testigos de que acompañó a su esposa hasta el final. Todo acabó el 26 de julio de 1952; Evita acababa de cumplir treinta y tres años y pesaba tan sólo treinta y cinco kilos.

Esta vida tan extraña tuvo una estrambótica coda. El cuerpo de Evita fue embalsamado por el doctor Ara, un patólogo español que, dicen, se quedó prendado del cadáver. Durante tres años, Evita permaneció en la sede de la CGT, a la espera de que construyeran un mausoleo fáraónico. Pero en 1955 Perón fue arrojado violentamente del poder por otros generales, y los nuevos dirigentes hicieron desaparecer el cadáver. Durante un tiempo lo guardó en su casa, secretamente, el mayor Antonio Arrandía, que dormía con una pistola bajo la almohada por temor a que se enteraran los peronistas. Una noche oyó ruido: disparó y mató a su propia mujer, embarazada. Después de eso el cuerpo fue metido en un cajón rotulado como "material de radio"; estuvo algunos años dando tumbos por el mundo, y al cabo lo enterraron con nombre ficticio en un cementerio de Milán. Además había dos o tres copias exactas del cadáver, hechas por un escultor a instancia de Perón; y una de estas copias fue exhibida durante cierto tiempo en un *sex-shop* de Hamburgo. En 1972, Evita fue desenterrada y devuelta a Perón,

que a la sazón vivía en Madrid. Pero cuando el general regresó en 1973 a Buenos Aires para ser presidente, se dejó a la muerta en España. Perón falleció en 1974, y su viuda, Isabelita, hizo traer el cadáver a su país por razones publicitarias. Por último, y tras el golpe militar de 1976, la pobre Evita fue enterrada de nuevo en el cementerio de La Recoleta, en Buenos Aires. Ahí sigue aún, incorrupta y cerúlea, tan descabellada en su muerte como en su vida.